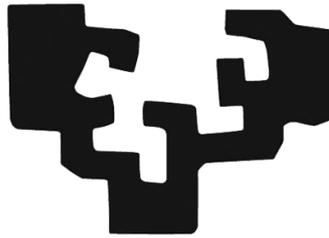


TRABAJO DE FIN DE GRADO

**LA ATRACCIÓN DE LOS FASCISMOS EN LA  
CRISIS DE ENTREGUERRAS**

eman ta zabal zazu



Universidad  
del País Vasco

Euskal Herriko  
Unibertsitatea

**AIDA VITORIA**

DIRECTOR: ANTONIO RIVERA

Grado en Historia

Curso 2019-2020

Departamento de Historia Contemporánea

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

## ÍNDICE

Introducción.....	4
1. Italia.....	6
1.1. Orígenes: nacimiento y ascenso del fascismo.....	6
1.2. Institucionalización del movimiento: los fascistas en el gobierno.....	10
1.3. Dictadura: la Italia fascista.....	12
2. Alemania.....	18
2.1. Orígenes: nacimiento y ascenso del nazismo.....	18
2.2. Institucionalización del movimiento: los nazis en el gobierno.....	23
2.3. Dictadura: el Tercer Reich.....	26
3. La revitalización actual de la ultraderecha: ¿una nueva oportunidad para los fascismos?.....	30
Bibliografía y fuentes.....	33

**Resumen:**

Una de las cuestiones que más han interesado a la historiografía y a otras ciencias sociales ha sido cuál era el atractivo que generaron unos discursos tan extremistas como podían ser el fascismo y el nazismo en las poblaciones de aquel momento. Qué generó el rechazo al liberalismo, la fórmula política predominante en la época, y qué generó a la vez el rechazo a las diferentes corrientes socialistas, tanto democráticas como comunistas. En el proceso de ascenso al poder y en el de instalación y desarrollo del proyecto político tanto fascista como nazi es patente -y el propio proyecto totalitario así lo exigía- que hubo una adhesión muy mayoritaria de la ciudadanía italiana y alemana. El objetivo de este trabajo es ver qué han dicho los autores sobre esto y realizar una síntesis esclarecedora.

**Palabras clave:** fascismo, nazismo, apoyo social, adhesión social.

**Abstract:**

One of the questions that has most interested historiography and other social sciences has been what was the appeal of such extreme discourses as fascism and Nazism in the populations of that time. What generated the rejection of liberalism, the predominant political formula of the time, and what generated at the same time the rejection of the different socialist currents, both democratic and communist. In the process of ascending to power and in that of installation and development of the political project, both fascist and Nazi, it is clear - and the totalitarian project itself demanded it - that there was a very large majority adherence of the Italian and German citizens. The aim of this paper is to see what the authors have said about this and to make an enlightening synthesis.

**Key words:** fascism, Nazism, social support, social adhesion.

## Introducción

No es extraño en nuestro tiempo escuchar el término ‘fascista’ a modo de descalificación. Este vocablo, junto a sus múltiples variantes, suele estar presente casi diariamente en el discurso político, en diferentes medios de comunicación e incluso en nuestras relaciones personales. El reciente éxito editorial de Antonio Scurati y su novela *M. El hijo del siglo*, ha devuelto a la actualidad al personaje (Mussolini), a su tiempo (el de entreguerras) y a su ideología (el fascismo), como lo ha hecho el fortalecimiento de opciones “iliberales” que, muchas veces, son llamadas fascistas por pereza, simplificación o ignorancia. Porque, ¿conocemos realmente el significado de la palabra? ¿Conocemos lo que supuso en el momento en que surgió, en el periodo de entreguerras? ¿Y lo que significó para los italianos y alemanes de esa época?

Entendemos por fascismo aquellas ideologías, y en este caso también regímenes, abiertamente antidemocráticos, antiliberales y antimarxistas. Disciplina militar, discurso ultranacionalista, querencia por los símbolos, desfiles y uniformes, y culto a un líder carismático, también se encuentran entre sus factores identificadores. Este líder se considera el único intérprete del pueblo, de su voluntad y necesidades, y habla y actúa en su nombre. Estos regímenes, además de autoritarios, eran totalitarios, ya que en ellos se produjo una fusión entre el partido y el Estado hasta no diferenciarse la jurisdicción de uno y otro, con la intención de ocupar todo el espacio vital del individuo y de la sociedad. De ese modo, el líder, el partido y el Estado constituían la unidad preeminente de esas sociedades. Ello permitió que el Estado saliese extremadamente fortalecido de esta ecuación: el individuo quedaba subsumido en la comunidad nacional que, a su vez, se organizaba jerárquicamente bajo la forma de un Estado autoritario y corporativo (en contraposición con el liberalismo). Este estructuraba la comunidad en “cuerpos sociales”, como la familia, el espacio local de residencia (municipio) o el sindicato, que a su vez conformaban juntos otra gran familia, la nacional, empujada por el ideal ultranacionalista (nacido de la inflamación patriótica sufrida tras la Gran Guerra). Así mismo, ligado a su ideología ultranacionalista, encontramos el ideal expansionista que tenía como objetivo transformar sus naciones en nuevos imperios coloniales.

Otra de las características inherentes a estas ideologías va ligada al porqué de su surgimiento: la pérdida de fe en los principios del liberalismo, en la democracia

parlamentaria y en los partidos políticos<sup>1</sup>. Aunque también fue una consecuencia directa del modernismo y de la industrialización, fue la desilusión por el modelo democrático y liberal lo que terminó sentando las bases de los primeros movimientos antiliberales, entre los que se encontraban los fascistas. El fenómeno no se circunscribió únicamente a Italia y Alemania, sino que propició la aparición de movimientos similares a lo largo de toda Europa (La Guardia de Hierro de Codreanu en Rumanía, el Partido de la Cruz Flechada de Szalasi en Hungría o la Falange de José Antonio Primo de Rivera en España), que a su vez lograron ganarse la aprobación de parte de la población (aunque no en la medida en que lo consiguieron Mussolini y Hitler).

Por último, estos regímenes tenían como valores supremos el vitalismo y la fuerza, conceptos que para Stanley Payne distinguían al fascismo de otros regímenes totalitarios: consideraban que “la violencia propiamente dicha era terapéutica, no un mal necesario (como habían mantenido los comunistas), sino un bien positivo, que convertía *ipso facto* a los practicantes (...) en seres humanos superiores”, y que “la cultura del vitalismo filosófico, no irracionalista, sino decididamente antimaterialista y no racional, que afirmaba que el nivel de vida y de cultura más elevado se alcanzaba por medio del activismo y del dinamismo” producía un hombre nuevo”<sup>2</sup>.

Existieron numerosas diferencias entre Alemania e Italia, como la vía de acceso al poder (legal en el primer caso y golpista en el segundo) o el apoyo social a los regímenes durante la guerra (absoluto en el primero y decreciente en el segundo), pero en el terreno ideológico la principal diferencia fue que Alemania, en su versión del fascismo, el nazismo, aportó el antisemitismo y el racismo. La raza aria era la base del mito fundacional, mientras que en Italia lo fue la comunidad nacional<sup>3</sup>. En estas páginas se tratará de exponer cómo tales ideologías fueron consideradas alternativas políticas aceptables, que lejos de generar rechazo por parte de la población alcanzaron una gran aprobación por su parte.

---

<sup>1</sup> El sistema liberal decimonónico clásico sobrevivió a la guerra, pero no a los años que la siguieron.

<sup>2</sup> PAYNE, S. (2012), “El fascismo paradigmático”, *Revista de Libros*, 181.

<sup>3</sup> SEBASTIÁN LORENTE, J. (2016), “Arqueología del fascismo”, *Tribuna de Europa*, p. 2.

## 1. Italia

### **1.1. Orígenes: nacimiento y ascenso del fascismo**

El final de la Gran Guerra no satisfizo a Italia ya que no logró las recompensas coloniales deseadas y quedó relegada a un segundo plano en cuanto a prestigio internacional. Este fenómeno es conocido como la ‘victoria mutilada’, puesto que los italianos habían entrado en la contienda confiando en recibir territorios coloniales tras esta<sup>4</sup>. Sin embargo, a pesar de haber resultado ganadores, no disfrutaron de esa victoria, y la sensación que quedó a los italianos se acercó más a la de una derrota, especialmente para los que habían participado en el conflicto.

Los soldados italianos que regresaron de la guerra tuvieron dificultades de reinserción social. Se encontraron con el Bienio Rojo, momento que se vislumbró desde los ámbitos conservadores y burgueses como una amenaza revolucionaria<sup>5</sup>. Estos combatientes venían con una cultura de la violencia originada en las propias trincheras y la fueron trasladando a su práctica diaria, tanto social como política. Los veteranos no eran los únicos que empleaban la violencia, pero sí el grupo social que más participó de ella. En paralelo a ellos, los grupos de la izquierda revolucionaria empleaban también la violencia en las calles. Por lo tanto, tuvieron que convivir estos dos grupos contrapuestos en una relación cercana a una guerra civil larvada. Además, la gran deuda externa provocó una creciente inflación y la desmovilización del ejército desencadenó un aumento del paro.

En este contexto surgieron los *Fasci di Combatimento* en 1919, un partido milicia fundado por Mussolini que, más de acción que política, empleaba la violencia como medio principal para imponerse. Una violencia que durante ese bienio resultaba tan común en las calles italianas que se fue “normalizando”. Es por ello que la aparición de este partido milicia no resultaba tan excepcional e insólito, pues muchos otros grupos paramilitares de diversa ideología aparecieron también en ese momento. Es lo que George Mosse llamó “la brutalización de la política”<sup>6</sup>.

---

<sup>4</sup> Al principio formó parte de la Triple Alianza, pero en 1915 se pasó al bando contrario.

<sup>5</sup> Etapa entre 1919 y 1920, dominada por ocupaciones de fábricas y tierras, liderada por los socialistas revolucionarios y controlada por consejos obreros.

<sup>6</sup> ALCALDE, A. (2016), “La tesis de la brutalización (George L. Mosse) y sus críticos: un debate historiográfico”, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 15, p. 22. Esta idea la desarrolla Mosse dentro de su teoría de ‘el mito de la experiencia de Guerra’.

Los futuristas<sup>7</sup>, los *arditti*<sup>8</sup> y los veteranos revolucionarios intervencionistas<sup>9</sup> fueron los primeros seguidores de las ideas de Mussolini, ideas antidemocráticas y orientadas a la lucha contra el socialismo revolucionario. Pero más que por las ideas, estos individuos se movían por la acción. Estaban a favor de la revolución italiana, del anticlericalismo y del republicanismo. Los jóvenes intervencionistas, y en menor medida también los veteranos, fueron fervientes seguidores del futuro *Duce*, entre los que se encontraban también pequeños burgueses de la izquierda revolucionaria y republicana<sup>10</sup>. Todos ellos fueron los miembros fundadores de los *Fasci Italiani di Combattimento*.

Sin embargo, durante ese primer año el movimiento no tuvo gran número de seguidores y los pocos que hubo surgieron principalmente en el norte de Italia. Los veteranos, el grupo al que más esperaban captar, acabó sumándose a otro movimiento: la *Associazione Nazionale Combattenti*, de ideología democrática. Otra parte de ellos también optó por el movimiento de D'Annunzio, que había ocupado Fiume con sus tropas de legionarios, canalizando el malestar de los excombatientes ante las magras recompensas territoriales conseguidas por Italia tras la guerra. Por su parte, la población civil tampoco apoyó el movimiento fascista y en las elecciones de 1919 el partido no sobrepasó los 5.000 votos. Esto, según Emilio Gentile, llevó a Mussolini a cambiar algunos puntos de su política y a presentar al fascismo como defensor del capitalismo y de la burguesía, cambios que en inicio tampoco hicieron que lograra mayor apoyo ni social ni militar.

Sin embargo, en 1920 el Partido Socialista Italiano (PSI), el más potente entonces, comenzó a decaer, al igual que el movimiento de D'Annunzio. La izquierda se vio dividida entre el Partido Comunista (una escisión del PSI de ese mismo año) y el socialista. Dentro del propio partido socialista había dos corrientes que amenazaban con provocar una nueva escisión: la maximalista y la reformista. Esta falta de unidad en la izquierda hizo que el PSI viera disminuidas sus fuerzas. Por su parte, el movimiento de D'Annunzio vislumbró su ocaso cuando el gobierno italiano comenzó los trámites para liberar Fiume, proceso que culminó tras la aprobación en noviembre de 1920 del Estado libre de Fiume. Fue entonces cuando muchos de los legionarios de Fiume y seguidores de D'Annunzio se enrolaron en

---

<sup>7</sup> Seguidores del futurismo, un movimiento revolucionario que sirvió de inspiración intelectual y estética al fascismo en sus inicios.

<sup>8</sup> Soldados seguidores de Gabriel D'Annunzio, cuyas ideas fueron una gran influencia en la ideología fascista y que tenían un gran número de seguidores que posteriormente fueron absorbidos por esta.

<sup>9</sup> Excombatientes que habían sido partidarios de la intervención en la guerra.

<sup>10</sup> GENTILE, E. (2012), *El fascismo y la marcha sobre Roma*, Barcelona, Edhasa, p. 26.

las filas de los fascistas. Mussolini aprovechó este momento para redefinir las bases del partido. Abandonaron por completo su postura anticlerical para así atraer a los votantes católicos (que eran la mayoría de italianos) y comenzaron a tejer toda una trama nacionalista de la que se servirían propagandísticamente. Se posicionaron también en defensa de los burgueses, reafirmando así su ideología de “derechas”.

Ese año también se produjeron dos hechos que conmocionaron a la sociedad italiana: la tragedia del Palacio Accursio de Bolonia, con el asesinato de Giulio Giordani, y la de Ferrara, donde jóvenes fascistas perdieron la vida ante los “rojos”<sup>11</sup>. La indignación de una parte de la sociedad fue aprovechada por los fascistas. Estos dieron comienzo a un movimiento contrarrevolucionario guerracivilesco, que se fue convirtiendo en un movimiento de masas y que se manifestó de manera independiente en diferentes ciudades de Italia. Estas siguieron el ejemplo de Milán, localidad donde desarrollaba su mayor actividad el partido de Mussolini, pero sin que expresamente se hubiese incitado a ello desde esa urbe. Los fascistas comenzaron a postularse como la cabeza del movimiento contrarrevolucionario y a detentar el monopolio de la lucha anticomunista. A partir de aquí, el partido comenzó a crecer. Ganaron apoyo y se les comenzó a ver como una alternativa política aceptable, ya que su lucha se consideraba legítima para muchos sectores de la sociedad. De hecho, las autoridades locales políticas y militares no se oponían firmemente a su violencia. Ese apoyo se incrementó con el inicio del nuevo año 1921, cuando las afiliaciones al partido aumentaron. Pasaron de tener apenas unos 20.000 afiliados en diciembre de 1920 a superar los 200.000 en julio siguiente<sup>12</sup>. Los nuevos fascistas provenían sobre todo del ámbito rural, especialmente de la burguesía agraria y de los trabajadores agrícolas. La clase obrera y la burguesía industrial todavía no se encontraban entre sus adeptos<sup>13</sup>. A pesar de ese crecimiento, el primer ministro italiano, Giovanni Giolitti, creía que podía mantener bajo control a los fascistas al mismo tiempo que se aprovechaba de ellos. Pero Giolitti hizo una lectura incorrecta de la situación que vivía Italia. El sistema que él mismo había ideado había caído en el descrédito, y con ello el liberalismo y la incipiente democracia. Además, la falta de efectividad para reconducir

---

<sup>11</sup> Esto sirvió para que la lucha anticomunista se encauzase hacia los *Fasci*.

<sup>12</sup> GENTILE, E. (2002), *Fascismo. Historia e interpretación*, Alianza Editorial, Madrid, p. 29.

<sup>13</sup> *Ibíd.*, p. 30.

la situación social y la sucesión tan rápida de los diferentes gobiernos dejó al sistema *giolittiano* en una situación de debilidad<sup>14</sup>.

En las elecciones generales de 1921, treinta y cinco fascistas entraron en el parlamento italiano. Mussolini declaró su intención de desarrollar un programa sobre la política exterior italiana, que pusiese fin a la humillación sufrida tras la guerra. Esto captó rápidamente el interés de la ciudadanía. Se respiraba un ambiente de jolgorio e ilusión ante las posibilidades que parecía brindar el nuevo partido. Y aunque los votantes continuaban siendo mayoritariamente del norte de Italia, donde el aumento de las clases medias había sido más acusado (en torno a un 10%), también se comenzaba a ver cierto apoyo por el centro, donde la clase media también había crecido (un 7%). Precisamente, como podemos ver en este gráfico<sup>15</sup> que refleja los diferentes grupos inscritos en los *Fasci* en 1921, ese sector de la sociedad es el que más apoyó inicialmente al fascismo.



En palabras de Gentile, “fue sobre todo la adhesión de las clases medias la que transformó el fascismo en un movimiento de masas con un dinamismo propio y con ambiciones políticas que lo dirigieron más allá de las funciones contingentes de instrumento de la reacción antiproletaria”<sup>16</sup>. Incluso los líderes de los *Fasci* provenían de ellas, ya que las clases medias se encontraban en aumento en toda Italia, mientras que la burguesía y la clase obrera descendían en número. Y aunque los principales adeptos del fascismo fueron

<sup>14</sup> *Ibíd.*, p. 25.

<sup>15</sup> Gráfico de elaboración propia a partir de los datos recogidos en GENTILE (2002), p. 30.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 30.

las clases medias, este también tuvo seguidores entre las clases obreras, ya que “la “persuasión fascista” —en términos de A. J. Gregor<sup>17</sup>- supo llenar los vacíos dejados por la tradición cultural y política marxista, dirigiéndose hacia un proletariado no revolucionario y dando cabida en su discurso al sentimiento nacional, esencialmente”<sup>18</sup>. No debemos olvidar el pasado socialista de Mussolini y cómo muchos votantes tradicionalmente de la izquierda moderada estaban profundamente decepcionados con el gobierno (y especialmente con el PSI, por su negativa a la participación de Italia en la guerra) y con su actuación durante la contienda.

A pesar de ese aumento de afiliados, faltaba unidad dentro del partido. La amenaza comunista era ya menor y la burguesía comenzaba a ver menos justificada la violencia ejercida por los fascistas, por lo que se propuso la paz con los “rojos”, algo que no gustó entre los camisas negras. Por otro lado, la postura republicana del partido tampoco tenía una gran aceptación. Esto llevó a que en noviembre de 1921 los Fasci di Combatimento se refundasen en el PNF (Partito Nazionale Fascista) y a que Mussolini esta vez se afianzase como líder indiscutible.

## **1.2. Institucionalización del movimiento: los fascistas en el gobierno**

1922 fue un año turbulento. El gobierno había perdido totalmente el control de la situación, si es que en los últimos meses lo había tenido, y se estaba viendo una paulatina pero “visible sustitución de los poderes del gobierno y personificación del estado”<sup>19</sup> por parte de los fascistas.

Las tensiones eran tal altas que gran parte de la población era favorable a que los fascistas entraran al gobierno, ya fuese liderándolo o en coalición, para crear un ejecutivo fuerte. Así lo reflejaban los periódicos liberales y conservadores del momento<sup>20</sup>. Esto también se trasladó a la falta de resistencia de la población frente al avance de los fascistas durante la Marcha sobre Roma. Esta duró únicamente dos días, del 27 al 29 de octubre de 1922. En ese momento, Mussolini ya era el candidato a liderar el gobierno de “la plutocracia, y de

---

<sup>17</sup> Anthony James Gregor fue un politólogo estadounidense investigador del fascismo. Este término lo desarrolla en su libro de 1974 *La persuasión fascista en la política radical*.

<sup>18</sup> HERNÁNDEZ SANDOICA, E. (1992), *Los fascismos europeos*. Madrid, Istmo, p. 18.

<sup>19</sup> VOLPE, G. (1935), “Génesis del fascismo” en LOJACONO, L. (ed.), *Le corporazioni fasciste*, Milan, p. 14. Extraído y traducido de: DE FELICE, R. (1998), *Il Fascismo. Le interpretazioni dei contemporanei e degli storici*, Roma-Bari, Laterza, pp.330-354.

<sup>20</sup> TASCA, A. (1967), *El nacimiento del fascismo*, Ariel, Barcelona, p. 323.

las congregaciones económicas, de los liberales (...) y del Vaticano”<sup>21</sup>, y contaba también con las simpatías del monarca, que evitó el estado de sitio y allanó el camino al poder a los *Fasci*. Finalmente, el golpe triunfó y el rey encargó a Mussolini formar gobierno. Y mientras parte de la oposición creía que el régimen pronto colapsaría y que se acabaría la aventura fascista, el gobierno de Mussolini comenzó su andadura.

Los contemporáneos del fascismo se preguntaron por las causas de ese ascenso y más concretamente por los ‘culpables’ de ello. Por una parte, “los marxistas de diverso tipo” lo explicaron a partir de una burguesía que habría tolerado o impulsado el “régimen de excepción capitalista”, mientras que los liberales acusaron a “una clase trabajadora en abierta ruptura con la tradición liberal”<sup>22</sup>. También se han analizado las causas a partir de la actitud de las diferentes fuerzas políticas. Es lo que hace González Calleja al concluir: “El liberalismo hizo hincapié en la deriva radicalmente demagógica de la democracia, que derivó en formas totalitarias de dominación sobre unas masas alienadas por la ausencia de canales de representación política de clase; la socialdemocracia y la oposición de izquierda comunista pusieron en solfa la inconsistencia democrática de las fuerzas burguesas y la trayectoria maximalista de la Tercera Internacional, mientras que los comunistas ortodoxos acusaron al conglomerado ‘socialfascista’ de complicidad en el origen y desarrollo de tan horrendo crimen”<sup>23</sup>.

En el sur de Italia, el fascismo no había ganado muchos adeptos y modificar esa tendencia fue uno de los primeros objetivos de Mussolini tras su llegada al poder. Para ello empleó a los prefectos y a la pequeña-mediana burguesía que aspiraba a aumentar su poder y lograr nuevos puestos públicos. Mientras, viejos notables locales recién convertidos a esa ideología facilitaban el surgimiento de nuevos *Fasci*<sup>24</sup>. Con ello queda patente que la pequeña burguesía no fue en inicio la clase social más atraída y movilizada por el fascismo italiano, sino que su adhesión fue posterior. La realidad era mucho más compleja, ya que durante los primeros años en el gobierno “la fascinación impregnó verticalmente la escala social, descendiendo en su contagio hacia la clase obrera, aunque la adscripción de esta última no fuera lograda de una manera tan compacta como entre las denominadas ‘clases

---

<sup>21</sup> *Ibíd.*, p. 330.

<sup>22</sup> GONZALEZ CALLEJA, E. (2001), “Los apoyos sociales de los movimientos y regímenes fascistas en la Europa de entreguerras: 75 años de debate científico”, *Hispania*, LXI/1, 207, p. 19.

<sup>23</sup> *Ibíd.*, p. 19.

<sup>24</sup> GENTILE (2002), p. 35.

medias”<sup>25</sup>. Esta adscripción se vio asegurada con la reforma electoral de la Ley Acerbo de 1923, con la que el PNF lograba consolidar su poder de cara a las elecciones y facilitarle una cómoda mayoría parlamentaria. De esta manera, el partido fascista ganó las elecciones de 1924 con una amplia mayoría.

### **1.3. Dictadura: la Italia fascista**

Tras la victoria en las elecciones, Mussolini asumió el título de *Duce*, y con su discurso en enero de 1925 y las leyes Fascistísimas de 1925 y 1926, elaboradas por el jurista Alfredo Rocco, la dictadura fascista quedó legalmente consolidada. El fascismo monopolizó el patriotismo y se presentó ante las clases medias burguesas como la única opción ante el comunismo. Era la alternativa nacionalista por antonomasia, con lo que trataron de convencer a los italianos de que eran los que realmente merecían estar en el gobierno. Para este objetivo se buscó aumentar el atractivo del movimiento, que inicialmente había surgido mezclando radicalismo fascista y, en menor medida, radicalismo izquierdista. Con ese discurso revolucionario antiliberal y antiburgués supo aunar el apoyo de los radicales de derechas y de las clases obreras. Sin embargo, el nacionalismo fue sustituyendo esta lucha contra las clases liberales y burguesas con el objetivo de ensalzar la unidad nacional y así “crear nacionales” otra vez (“nacionalizar a las masas a través de la irracionalidad, el mito y la vivencia de comunidad en un marco participativo y de entusiasmo revolucionario”)<sup>26</sup>. Esta conjunción produjo un resultado óptimo al que Mussolini sacó mucho partido cuando les ganó definitivamente el pulso a los socialistas y a los comunistas.

En el terreno económico, Mussolini “modificó el orden económico asegurándose el apoyo de los centros financieros y empresariales gracias a la creación de fuertes monopolios que garantizaban el capital privado en un mercado privilegiado y protegido, en el interior y hacia el exterior, y sin conflictividad social”<sup>27</sup>. Los fascistas también crearon alianzas con las instituciones tradicionales para asegurar y ampliar el apoyo social y así lograr mantenerse en el poder. Entre estas instituciones encontramos a la Monarquía y a la Iglesia Católica.

---

<sup>25</sup> HERNÁNDEZ SANDOICA (1992), p. 18.

<sup>26</sup> ALCALDE (2016), p. 18.

<sup>27</sup> DOGLIANI, P. (2008), *El fascismo de los italianos*, Universitat de València, Valencia, p. 18.

“La monarquía, las fuerzas económicas, la mayoría de los intelectuales y de la opinión pública burguesa aceptaron tal destrucción del régimen liberal sin protestas ni arrepentimiento, y, considerando las conspicuas ventajas que el poder fascista les aseguraba, se adaptaron a la vida del nuevo régimen, que imponía orden y disciplina en la sociedad y en el mundo del trabajo”<sup>28</sup>.

Muchos artistas e intelectuales también aprobaron el régimen gracias a la hábil estrategia seguida por Mussolini. Este trató de difundir la ideología fascista mediante los diferentes medios culturales e impulsó numerosas iniciativas de carácter artístico relacionadas con la visión que los fascistas tenían de Italia. Esto hizo que los artistas viesen oportunidades de difundir su arte y decidiesen involucrarse en los diferentes proyectos, al mismo tiempo que aplaudían la inversión que el fascismo había decidido hacer con el arte ya que suponía su regeneración.

Los mecanismos de control que residían sobre todo en el corporativismo permitían además encuadrar a los individuos, mermando su individualidad, en diferentes organizaciones en base a su edad o sexo o al trabajo: la *Opera Nazionale Dopolavoro* (de ocio y tiempo libre) o las *Fasci Femminili*, y así, una vez clasificados, poder fascistizarlos mejor. Lo mismo se intentó desde el ámbito educativo. Y a pesar de tratarse de un régimen antidemocrático, que restringía sus libertades y derechos, la ciudadanía continuó aceptando y siguiendo activamente al movimiento fascista. Esto en parte se debió a la fuerte propaganda lanzada por el gobierno y a la violencia represiva selectiva que ejerció el régimen, pues esta no llegó a ser tan brutal como en el nazismo. Sin embargo, estas explicaciones son insuficientes, pues la dictadura no podía vivir solo de represión; tenía que tener también la aceptación del pueblo.

Para obtener una visión completa de esta adhesión habría que recurrir a uno de los factores más olvidados en el análisis del ascenso de los fascismos: la tradición de la cultura política y cómo se benefició el fascismo italiano de ella. El fracaso a la hora de crear un nacionalismo potente había llevado a la creencia de que los italianos no habían logrado formar una conciencia nacional basada en valores y creencias comunes. Esta cultura política se había originado durante el *Risorgimento* (el proceso de unificación italiana) y había permanecido arraigada desde entonces. Hernández Sandoica destaca la importancia

---

<sup>28</sup> GENTILE (2002), pp. 39-40.

del factor revolucionario del fascismo, la modernidad y a su vez su vinculación con el pasado. El régimen nacional surgido de la unificación italiana se había vinculado en los años de la Primera Guerra Mundial, a través de Giolitti, a los grupos intervencionistas de izquierdas, representativos todos ellos del sector de clases medias. Ese va a ser el grupo protagonista de la emergencia del fascismo.

Además los italianos, según Gentile, sentían la necesidad de adherirse a una religión, pero no encontraban ninguna que les llenase, por lo que el fascismo se convirtió en el credo que ansiaban, en una “religión política”<sup>29</sup>. Tras la fracasada experiencia de crear un nacionalismo fuerte con el Risorgimiento, los italianos necesitaban creer en un ente supranacional que les guiase y les motivase a involucrarse en su quehacer cotidiano. De este modo, se convertirían en sujetos activos de la vida política de su país y podrían finalmente lograr una ansiada comunidad nacional. La experiencia de la guerra había marcado a los soldados italianos y sus experiencias les habían hecho buscar una respuesta política a sus necesidades. Esta debía venir en forma, no de doctrina política, sino como religión civil, política y cultural. La nueva doctrina fascista se institucionalizó e incorporó sus propios elementos de culto (mitos, rituales y símbolos), y se sacralizó como ideología, como si de una religión más se tratase.

La fe era la mayor virtud dentro de la ideología fascista. Rechazaban el racionalismo y afirmaban que el ser humano está motivado por creencias y pensamientos irracionales. Eran conscientes de que necesitaban al pueblo para poder mantener su poder y por eso el pueblo era convertido en agente colectivo e instrumentalizado y movilizado continuamente mediante los mecanismos empleados por esta política sacralizada. Según Gentile, la socialización de la religión fascista a través de la sacralización del Estado tenía como objetivo acelerar el proceso de nacionalización e integración de las masas en este, así como promover la cohesión social<sup>30</sup>. En la religión fascista el culto al líder era imprescindible, pues se adoraba al *Duce* (tanto desde dentro del partido como fuera) como si de un mesías se tratara. El PNF y el *Duce* estaban indivisiblemente unidos. Esto, sin embargo, no fue un

---

<sup>29</sup> GENTILE, E. (1990), “Fascism as political religion”, *Journal of Contemporary History*, 25 (Periodicals Archive Online, p. 232).

<sup>30</sup> *Ibíd.*, p. 241.

elemento presente desde el nacimiento del partido, sino algo que se comenzó a ver una vez llegados al poder<sup>31</sup>.

En todo caso, la adhesión a una suerte de “religión política” por parte de los fascistas -y a partir de un determinado momento, de la mayoría de italianos- no supuso el rechazo de la religión católica. De hecho, los Pactos de Letrán en 1929 muestran la buena sintonía entre el régimen y la Iglesia. Se trató más bien de una estrategia política para que así las masas católicas siguiesen al movimiento y se permitiera la paralela institucionalización del régimen fascista y de la situación de la Iglesia católica (y del Vaticano) en el Estado italiano, un problema no resuelto desde el origen de este. Sin embargo, a pesar de todos los intentos por instituir una religión fascista italiana, en la práctica, según Gentile, y en gran medida por la influencia del catolicismo, no tuvo éxito. “Las causas del fracaso residían en (...) la euforia de un voluntarismo que consideró duradero lo que era efímero, haciendo pasar por convicciones las emociones, por profesión de fe el entusiasmo fruto del triunfo, por cuerpo consciente de la nación la masa física de las multitudinarias reuniones populares”<sup>32</sup>. Todo en el fascismo resultó menos consistente de lo que parecía.

Con el comienzo de los años treinta, la Italia fascista consumó la conversión de su régimen en un Estado totalitario. Este proceso retuvo el apoyo original de la juventud, mientras que recibía las recelosas críticas de parte de la clase media, de la burguesía y de altos cargos de la economía y de instituciones tradicionales, como la Iglesia<sup>33</sup>. Pero al mismo tiempo, a pesar de esas reticencias, “el régimen fascista estaba muy condicionado por la Iglesia, la monarquía y la burguesía. Realmente, Mussolini tuvo que adulterar y debilitar su propio fascismo para poder mantenerse en el poder, es decir, que fue un fascismo italiano condicionado”<sup>34</sup>. Además tuvo que hacer frente a la crisis del 29, tras la que el número de parados había aumentado. Para sobrevivir a ella el Estado acentuó su intervencionismo económico, privatizando las ganancias y socializando las pérdidas. Pero a pesar de mantener su economía estable, el país no logró realizar cambios suficientemente profundos en la agricultura y la industria. “En 1921 alrededor de 9.841.000 personas estaban empleadas en la agricultura, contra las 4.401.000 de la industria (...). En 1931 los

---

<sup>31</sup> Mussolini, de hecho, no era considerado originalmente el líder único e indiscutible del Partido fascista.

<sup>32</sup> GENTILE, E. (2007), *El culto del littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, p. 252.

<sup>33</sup> GENTILE (2002), p. 45.

<sup>34</sup> <https://seminariofascismo.wordpress.com/2014/11/27/entrevista-con-roger-griffin-historiador-del-fascismo-europeo-y-la-crisis-de-la-modernidad/>

agricultores habían disminuido a 7.868.000 y aumentaron a 8.504.000 en el censo de 1936, frente a los alrededor de cinco millones de trabajadores industriales registrados en el mismo año”<sup>35</sup>. Sin embargo, a nivel internacional el fascismo se veía más legitimado ya que la aparición de diversos movimientos fascistas y filofascistas a lo largo de toda Europa situaba a Italia en una posición de menor presión. Fue en este momento cuando comenzaron a materializarse las ansias imperialistas de Mussolini.

Es importante destacar que a principios de la década de los 30, antes de la proclamación del Imperio Italiano, los partidos tradicionalmente de izquierdas (que continuaban su andadura en el exilio) se vieron envueltos en numerosos escándalos<sup>36</sup>. Esto significó un gran empuje al régimen fascista, apoyo con el que ya contaban, pero que se vio intensificado al incrementar su legitimidad en relación a la de los otros partidos.

Otro de los grandes objetivos fue fascistizar a las nuevas generaciones. Pero a pesar de contar con una aceptación amplia, resulta difícil conocer el número real de adeptos al régimen. Es cierto que con “el monopolio de la actividad política y la institucionalización del profesionalismo político, con la actividad asistencial y lúdica entre las masas, con el encuadramiento y la movilización de los jóvenes”<sup>37</sup> se había logrado un cierto consenso; al igual que es cierto que este estaba basado en una represión extendida, aunque también moderada<sup>38</sup>.

Militarmente, Italia también se modernizó y aumentó su presupuesto. En 1936, con la campaña en Etiopía y la intervención en la guerra civil española, el porcentaje de gasto militar era del 18,4%, cuando tres años antes suponía solo un 5,6%<sup>39</sup>. Pero pese a que el prestigio internacional de la nación también aumentase tras la fundación del Imperio, a finales de la década, y especialmente con el devenir de la guerra, ese consenso se tambaleó y las masas comenzaron a reaccionar ante ciertas políticas opresivas. El fascismo comenzó a tener más opositores, muchos de ellos los propios integrantes de las cúpulas del partido. El Imperio comenzaba a desintegrarse y, a medida que las derrotas italianas se sucedían, el país se subordinaba más y más a los intereses de Alemania.

---

<sup>35</sup> DOGLIANI (2008) p. 157.

<sup>36</sup> Las divisiones internas del partido socialista se acentuaban y el partido comunista sufría desencuentros con la Internacional comunista.

<sup>37</sup> GENTILE, E. (2001) *La vía italiana al totalitarismo. Partido y Estado en el régimen fascista*, Siglo XXI Editores, Argentina, p. 260.

<sup>38</sup> PAYNE (2012)

<sup>39</sup> DOGLIANI (2008), p.55.

Sin embargo, los jóvenes, probablemente hinchados de patriotismo debido a la guerra, renovaron su apoyo al fascismo, especialmente tras la tesis de Adelchi Serena, secretario del PNF en 1940 y 1941, de que el fascismo debía ser una “constante revolución”. Fueron los mayores entusiastas con las nuevas reformas propuestas desde la dirección fascista, pero también los más radicales a la hora de reclamar nuevas medidas y criticar otras tantas. Sin embargo, “no era una aprobación dictada por oportunismo o por conformismo, o al menos no solo por esos motivos: (...) la animosidad y la franqueza de las críticas al régimen, el desprejuicio de los comentarios y de los debates acerca de los males del partido demuestran que la aprobación de los jóvenes nacía de una adhesión convencida”<sup>40</sup>.

En este momento, el de mayor gloria para la Alemania Nazi, dueña de media Europa, los italianos sentían fascinación por el régimen nacionalsocialista y cómo este había logrado un control total sobre la población de manera que los ciudadanos demostraban una ejemplar disciplina y dedicación por él. Esto no llegó a tal extremo en Italia: aunque también fuese un régimen totalitario, no supo extenderlo hasta los extremos en que lo hizo su aliado alemán. Los historiadores Emilio Gentile y Stanley Payne apoyan esta tesis, pero autores como Hannah Arendt la llevan aún más lejos al señalar que no se puede incluir a la Italia fascista dentro de los regímenes totalitarios. “El sistema totalitario había fracasado a la hora de lograr su objetivo de una revolución antropológica, de transformar a los italianos en ‘hombres nuevos’, y había fracasado incluso en su intento de llevar a cabo una movilización eficaz con vistas a la guerra. Sus formas e instituciones habían sido aceptadas por la sociedad, pero se había puesto de manifiesto que poseían un contenido solo limitado, así como un poder limitado de penetración social”<sup>41</sup>.

En 1943, tras la conquista por los aliados de media Italia, dio comienzo la República de Saló, en la que se trató de revivir la figura de Mussolini como líder de un nuevo fascismo republicano. Retomaron su carácter antiburgués e intensificaron el revolucionario anticapitalista. También exaltaron aún más los valores de sacrificio, honor, culto a la violencia y a la muerte de la “religión” fascista. Este nuevo experimento quedaba totalmente controlado por Hitler, por lo que también se endurecieron las políticas antisemitas. Sin embargo, entre los sectores cada vez más minoritarios que apoyaban la República de Saló y los partisanos se produjo una guerra civil que supuso el final

---

<sup>40</sup> GENTILE (2001), p. 348.

<sup>41</sup> PAYNE (2012)

definitivo de Mussolini y de su régimen en 1945. Esto fue posible gracias a que varias fuerzas políticas de la oposición habían conseguido mantener su estructura y reorganizarse al final de la guerra a partir de la lucha partisana.

## 2. Alemania

### **2.1. Orígenes: nacimiento y ascenso del nazismo**

La derrota de Alemania en la Gran Guerra puso fin al Imperio Alemán y dio paso a la proclamación de la República de Weimar. La desmovilización militar que se dio tras la rendición fue seguida por la “removilización política”, pero esta quedó fuertemente marcada por la experiencia de la guerra y las revueltas posteriores, y condicionó la forma de hacer política<sup>42</sup>. Fue entonces cuando socialistas y liberales (y enseguida los cristianos) se convirtieron en los actores principales dentro del panorama político<sup>43</sup>. Sin embargo, la rendición de Alemania o ‘Puñalada por la espalda’, como la calificaron millones de ciudadanos, dejó una sensación de resentimiento y pesimismo, especialmente entre los excombatientes. Esto se acrecentó tras con impacto moral y económico del Tratado de Versalles de 1919.

Se desarrolló entonces una cultura de la violencia, con sus bases iniciales durante la guerra, practicada especialmente por los soldados ante su falta de adaptación tras volver del frente. Estas prácticas violentas también se instalaron en la forma de hacer política. De aquí viene el concepto de “brutalización de la política” de George Mosse. Esto también explica cómo el partido nazi y sus formas no resultaban tan sorprendentes y cómo pudieron convertirse en una alternativa política aceptable dentro de la República de Weimar.

Un factor destacable es la penetración en esos años postbélicos, sobre todo en la prensa antisocialista y antiliberal, de los grupos y discurso reaccionario *völkisch*<sup>44</sup>. La introducción del término *volk* alentaba a la participación de la ciudadanía, siendo la posguerra el momento en el que se desarrolló definitivamente la política de masas, que facilitó la movilización social y la implicación de las clases medias y trabajadoras en política (y por primera vez también de las mujeres). La sociedad estaba sumamente politizada.

---

<sup>42</sup> FRITZSCHE, P. (1998), *De alemanes a nazis, 1914-1933*, Siglo XXI, Buenos Aires, p. 96.

<sup>43</sup> Concretamente, el SPD, los liberales del DDP y DVP, y los católicos del Zentrum.

<sup>44</sup> Los partidos *volks* eran populistas conservadores muy nacionalistas, con gran fuerza y tradición en los años del Imperio alemán.

Aparecieron nuevos grupos políticos (e incluso grupos paramilitares) que, junto a los ya existentes, impulsaban encuentros, manifestaciones...

En este contexto se creó en 1919 el Partido Obrero Alemán, el *DAP* (*Deutsche Arbeiterpartei*), en Munich. Este, en principio, no tenía mayor importancia que la de ser otro de tantos partidos *volk* surgidos tras la guerra. Sin embargo, a pesar de ser un partido nacionalista, antisemita y antimarxista como el resto de los partidos *volk*, apelaba constantemente a la adhesión a su proyecto político de la clase trabajadora, cosa que no hacía ese conglomerado de partidos, aunque para Thomas Childers no fue hasta que llegó Hitler que el partido ganó popularidad. Su gran capacidad de organización y sus habilidades propagandísticas, basadas en su destacada energía, perspicacia política y su magnética oratoria, sacaron al partido del desconocimiento más absoluto y lo catapultaron al panorama nacional<sup>45</sup>. A pesar de eso, la mayoría de las bases ideológicas del *DAP* ya estaban sentadas antes de la entrada del austríaco, aunque tras la llegada de este sí se buscó el voto de todos los sectores sociales, no solo de los trabajadores<sup>46</sup>.

El discurso original de Hitler era similar al fascista: antiliberal y revolucionario, obrerista (pero antimarxista) y ultranacionalista, además de autoritario. Hitler anhelaba “un movimiento joven” que restaurase el “Estado alemán con un gobierno propio” y que conquistase el “apoyo de la muchedumbre popular”<sup>47</sup>. Buscaba también la destrucción del Tratado de Versalles, aprovechando que el resentimiento hacia este era generalizado. Y así, en medio de la profunda crisis social en que se encontraba el país, el *DAP* fue captando sus primeros seguidores: nacionalistas, *volkisch* y obreros bien situados. Todos ellos compartían el trauma de la derrota.

Sin embargo, las ideas ultranacionalistas y xenófobas que promulgaban no los diferenciaban de los otros partidos *volk*, por lo que la popularización del movimiento en esos primeros años por Baviera y posteriormente por toda Alemania se debió a las habilidades propagandísticas de Hitler (y, en menor medida, del resto de altos cargos del partido). A esto se sumó la creación de un periódico propio: el *Volkischer Beobachter*. Los esfuerzos de Hitler se vieron recompensados cuando se le nombró líder del nuevo *NSDAP*

---

<sup>45</sup> CHILDERS, T. (1983), *The Nazi Voter. The Social Foundations of Fascism in Germany, 1919-1933*. University of North Carolina Press, p. 44.

<sup>46</sup> Los famosos 25 puntos del programa con el que el *DAP* se refundó como *NSDAP* en 1920 diferían poco del de 1919.

<sup>47</sup> HITLER, A. (1925), *Mi lucha*, Editores S. A., Barcelona, p. 154.

en 1921. Hitler pasó a tener el control total del partido e incrementó sus esfuerzos para lograr el éxito de este. En apenas un año pasó de tener 2.000 seguidores a 20.000. Sin embargo, tuvo que aliarse con otros partidos *volk* y confiar en otras organizaciones paramilitares (aparte de las SA), que hicieron que por un tiempo no tuviese el control efectivo sobre todo ese entramado, lo que según Childers explica el fracaso del *putsch* de Munich, tras el que Hitler fue encarcelado.

Como ya hemos visto, Hitler era un orador sumamente persuasivo, capaz de despertar anhelos presentes en la ciudadanía alemana y de verbalizar el pensamiento de muchos, por ejemplo, el antisemitismo, muy presente ya no solo en Alemania sino en los países del centro y el este de Europa.

“Vista desde dentro, la lucha de razas parecía sugerir el final de la lucha de clases, y con ella propagó el NSDAP una de las utopías social revolucionarias y nacional revolucionarias del siglo precedente, que lo hizo popular y de la que extraía sus energías criminales. Hitler hablaba de la ‘construcción del Estado social del pueblo’, de un ‘Estado social’ que supuestamente existiría algún día y en el que ‘se derribarían todas las barreras sociales’”<sup>48</sup>.

Esto atrajo a algunos votantes de izquierdas, pero no fue tan determinante como muchos historiadores afirman. El término nacionalsocialista pretendía, por un lado, atraer a votantes nacionalistas, en su mayoría conservadores, y también a otros socialistas de la clase trabajadora, y, al mismo tiempo, alejarlos de los partidos comunista y socialdemócrata. Según Aly, muchos de los afiliados nazis habían pasado por ideologías de izquierdas en el pasado y muchos incluso lejos de rechazarlas las veían incluidas dentro del nacionalsocialismo.

Tras el encarcelamiento de Hitler, el NSDAP se desorganizó y hubo de reagruparse en una coalición con otros partidos *volk*: el NSFV (Movimiento Nacionalsocialista por la Libertad). Las elecciones de mayo de 1924 fueron las primeras en las que los nazis participaron, obteniendo 32 escaños con el NSFV. Según Aly, el DNVP era el partido *volkisch* más extremista antes del auge del nazismo, y aunque el propio partido nazi trató de no caer en el saco de estos partidos, en origen era parte de ellos.

---

<sup>48</sup> ALY, G. (2005), *La utopía nazi: Cómo Hitler compró a los alemanes*, Crítica, Madrid, p. 10.

Childers, analizando los escritos de Hamilton, nos ayuda a conocer la sociología del electorado del NSDAP<sup>49</sup>. Se ha tendido a resaltar que los mayores apoyos del nacionalsocialismo eran clases medias-bajas, escondiendo que la realidad distaba mucho de esta idea, puesto que se han obviado muchos otros grupos sociales que supusieron un pilar fundamental en su ascenso a finales de los años veinte. Estos grupos formaban parte de un conjunto muy heterogéneo al estar integrado por la pequeña burguesía, la alta burguesía y trabajadores fabriles, entre otros. Se ha ignorado también el papel de la clase media alta en este proceso, puesto que hoy en día ya se conoce que los votantes eran de grupos sociales diversos (e incluían, efectivamente, a ese sector). Sin embargo, es cierto que su núcleo inicial lo componía la clase media baja. En esta primera etapa los pequeños comerciantes locales, los artesanos independientes y los trabajadores agrarios de la vieja clase media fueron los grupos sociales que se vieron atraídos. El ámbito rural era uno de los lugares en los que más caló la ideología, pero a nivel poblacional no tenían tanta importancia como los núcleos urbanos, por lo que carecía de peso electoral<sup>50</sup>.

La propaganda fue también un elemento clave para lograr esa atracción. Los nazis la manejaban con enorme minuciosidad y dependiendo del público seleccionaban los contenidos y los instrumentos (panfletos, carteles...). El propio Hitler destacaba la importancia de la simbología, las formas o los colores en el *Mein Kampf*. Buscaban promover la movilización social, incentivar manifestaciones, enviaban propaganda a las casas..., pero igual que hacían otros partidos después de 1918.

De cara a las elecciones de 1928 el apoyo al NSDAP se intensificó en los núcleos urbanos y comenzó a recibir un apoyo en forma de votos por parte de los burgueses de ideología liberal y también del electorado nacionalista<sup>51</sup>. Esto se reflejó en los 12 diputados que lograron (esta vez en solitario, no en coalición), siendo los burgueses protestantes y los más jóvenes, aquellos que nunca antes habían votado, los causantes de ese ascenso<sup>52</sup>. Apenas tuvo apoyo entre los votantes católicos, ya que como se observa en este gráfico<sup>53</sup>

---

<sup>49</sup> El sociólogo Richard F. Hamilton, en su libro *Who voted for Hitler?* (1982), analizó el electorado nazi y cuestionó la teoría tradicional que afirmaba que la mayoría de los apoyos de Hitler eran de la clase media.

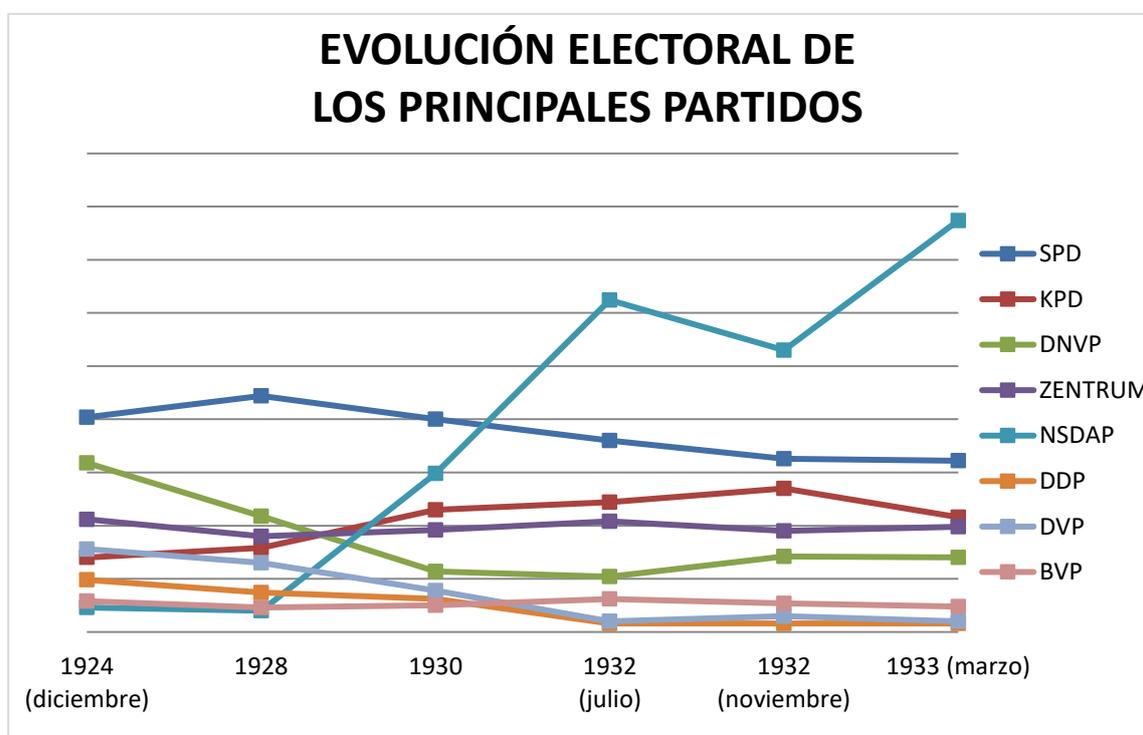
<sup>50</sup> CHILDERS, T. (1984), "Who, indeed, did vote for Hitler?", *Central European History*, 17, 1 (Periodicals Archive Online).

<sup>51</sup> FALTER, J. W. (1992), "The Social Bases of Political Cleavages in the Weimar Republic, 1919-1933" en Larry Eugene Jones, James Retallack (ed.), *Elections, Mass Politics and Social Change in Modern Germany*, pp. 371-397.

<sup>52</sup> *Ibíd.*, p. 376.

<sup>53</sup> Gráfico de elaboración propia a partir de los datos recogidos en FALTER (1992), p. 378

los partidos católicos, el Zentrum y el BVP<sup>54</sup>, se mantuvieron constantes en porcentaje de voto a lo largo del tiempo, no habiendo un trasvase de sus votantes hacia el NSDAP.



En las elecciones de 1930 la cifra de diputados nazis electos se disparó a 107. Se mantuvo la tendencia al alza en el apoyo de los protestantes, mientras que el de los católicos fue bastante menor. Esta diferencia de voto entre los cristianos se debe a que desde la creación del Estado alemán en 1871 la cultura política dominante había sido el conservadurismo católico. Los protestantes sentían que sus valores y costumbres se estaban perdiendo, y que había que regenerar la nación que consideraban en decadencia. Dentro de los protestantes, prácticamente todas las clases sociales apoyaron a los nazis, pero el mayor apoyo lo recibieron de los obreros, los autónomos, los trabajadores domésticos y los trabajadores pertenecientes a pequeñas comunidades o al ámbito rural. Entre los católicos que votaron a Hitler, la mayoría eran de clase media y alta. Los obreros de “cuello azul” católicos y la clase rural no se adhirieron al movimiento y optaron, como en las anteriores elecciones, por partidos más moderados, como el Zentrum y el BVP. Entre los protestantes, los trabajadores con mayor cualificación (conocidos como “de cuello blanco”) no votaron masivamente por el NSDAP y siguieron haciéndolo al SPD, al contrario que sus

<sup>54</sup> El BVP, el Partido Popular Bávaro, era el segundo partido católico más importante tras el Zentrum.

homólogos católicos, con un nivel de desempleo alto, que sí viraron hacia el nazismo<sup>55</sup>. Esto explica la afirmación de Jurgen Falter de que las clases medias no fueron la mayoría, aunque sí parte fundamental, en el avance electoral nazi y de que han estado sobrerrepresentadas en los análisis posteriores.

En esta etapa de ascenso electoral la propaganda continuó siendo una herramienta básica, a cargo en aquel momento de Joseph Goebbels. En las presidenciales de 1932 se llevó a cabo una campaña pionera que presentaba a Hitler de gira en avión sobre Alemania. Los nazis eran conocidos por sus modernas campañas, pero esta no les sirvió para hacerse con la presidencia, que volvió a recaer en Hindenburg.

En julio de 1932 Hitler logró que su partido se convirtiese en el más votado de Alemania, con 230 parlamentarios, aunque el presidente alemán no le entregó la cancillería. Un 40% de los votantes que en 1930 habían apoyado a los partidos burgueses protestantes cambiaron su voto al NSDAP, mientras que a la inversa el trasvase de votos fue tan solo de un 2%<sup>56</sup>. Los jóvenes que nunca antes habían votado también auparon de manera significativa al partido. En menor medida, el partido de Hitler también recibió votantes del SPD -en el gráfico se observa su tendencia descendente de votos-, mientras que en el comunista KPD y entre los votantes católicos estas fluctuaciones fueron insignificantes.

Con el inicio de la crisis del 29, el nacionalista conservador DNVP también había comenzado a perder apoyos y el NSDAP había sido el mayor beneficiario de ese declive. Especialmente, los autónomos fueron los que a partir de este momento abandonaron los viejos partidos conservadores, como el DNVP y el DVP, para votar a los nazis. En las elecciones de 1928 tan solo un 2% de ellos había optado por el partido de Hitler, al contrario que en las elecciones de julio de 1932, cuando ese porcentaje ascendió al 42%<sup>57</sup>. Estos autónomos pertenecían en su mayoría a las viejas clases medias, más que a las nuevas, con lo que se mantenía la misma tendencia que en los primeros años del partido.

## **2.2. Institucionalización del movimiento: los nazis en el gobierno**

Tanto para Childers como para Fritzsche, la crisis económica fue un factor decisivo en la popularidad de los nazis. Para el primero, es la respuesta del porqué del ascenso del

---

<sup>55</sup> Existía una correlación positiva entre la tasa de desempleo y la mayor desvinculación de la Iglesia.

<sup>56</sup> FALTER (1992), p. 382.

<sup>57</sup> *Ibíd.*, p. 389.

nazismo, pues los momentos en que más creció en las urnas -primero en 1924 y posterior y definitivamente en 1930, de la inflación a la estabilización y luego ya con el impacto del 29- fueron momentos de crisis. Momentos que derivaron en el miedo, el enfado y la frustración de los alemanes, sentimientos que ocasionaron que votasen a los nazis, incluso por despecho. Para Fritzsche, fueron también los sentimientos –las emociones, como se dice ahora- los que causaron el voto nazi, pero unos sentimientos muy contrarios a los que sostiene Childers. Para él, fueron la ilusión y el optimismo los que animaron a los alemanes a elegir como opción el nazismo. Un entusiasmo prebélico acompañó el ascenso del nazismo. La crisis generó una corriente de patriotismo aprovechada por los nazis para prosperar política y electoralmente. Para Fritzsche no fue una desafortunada consecuencia de la crisis, ni una reacción de enfado ante ella como afirma Childers.

Relacionando la teoría de la esperanza de Fritzsche con las consecuencias de la crisis, encontramos a Roger Griffin explicando a través de Mosse cómo la ilusión ante la creación de una comunidad nacional o ultra-nación (en este caso) puede significar una salida ante las desgracias:

“A nivel psicológico, la identificación con esa ‘ultra-nación’ puede, por lo tanto, servir de portal a la trascendencia para aquellos individuos cuyas vidas han quedado destrozadas por agitaciones sociopolíticas y económicas que amenazan su identidad como personas, o que de otro modo podrían sentir que sus vidas interiores carecen de sentido, significado y esperanza por las crisis personales que sufren. El servicio heroico a esa entidad supra-personal les permite formar parte de su relato muy mitificado, de su historia, y quizá que conozcan de forma efímera e inmediata la redención e inmortalidad a la que se hace referencia en textos sagrados y en los rituales de entierros militares y ceremonias conmemorativas de soldados caídos por la patria que se celebran por todo el mundo”<sup>58</sup>.

Sin embargo, los análisis de Jurgen Falter llegaron a la conclusión de que existía una correlación negativa entre la tasa de desempleo y la cuota de votos nazis, por lo que el crecimiento de aquel debido a la crisis no favoreció especialmente el ascenso de Hitler<sup>59</sup>. Además, a partir de la década de los treinta la falta de un partido político dominante y fuerte también provocó una enorme fragmentación del voto, sobre todo dentro de los

---

<sup>58</sup> [https://www.infolibre.es/noticias/cultura/2019/12/22/fascismo\\_roger\\_griffin\\_102197\\_1026.html](https://www.infolibre.es/noticias/cultura/2019/12/22/fascismo_roger_griffin_102197_1026.html)

<sup>59</sup> FALTER (1992), p. 396.

partidos del bloque burgués protestante, y favoreció la aparición de incontables partidos en el panorama político, entre ellos, el más beneficiado, el NSDAP. A generar estabilidad no contribuía el sistema electoral de la República de Weimar, en el que era muy sencillo lograr un escaño, lo que facilitaba la dispersión del voto y dificultaba la creación de gobiernos sólidos. Según Jurgen Falter, el factor de la fragmentación política tuvo más importancia de la que los historiadores le suelen dar, ya que uno de los mayores éxitos del partido nazi fue imponerse a las grandes divisiones políticas e ideológicas de los otros partidos y alzarse como opción frente a los descontentos de los votantes con las otras fuerzas políticas<sup>60</sup>.

Las últimas elecciones verdaderamente libres fueron en noviembre de 1932. Las de marzo del año siguiente también lo fueron, en teoría, pero estuvieron muy condicionadas por la presencia del partido nazi en el poder. En estas últimas elecciones de la República de Weimar hubo un enorme trasvase de votos entre los diferentes partidos. Según los análisis de Jurgen Falter, las fluctuaciones eran mayores sobre todo entre los llamados “indecisos” y entre casi la totalidad de los liberales y la mitad de los conservadores. El trasvase de votos benefició sobre todo al NSDAP. Del bloque burgués protestante, casi la mitad de ellos votaron a Hitler, seguidos de los no votantes, de los cuales alrededor de un tercio le votaron. En cuanto a los seguidores del SPD, apenas un 7% cambiaron su voto por el nazi<sup>61</sup>. Sin duda, volvió a tener mucho más éxito entre protestantes que entre católicos. El NSDAP no era un partido cristiano, ni pretendía serlo; es más, buscaba como objetivo imponer el nazismo como credo. Tampoco hubo un trasvase de fuerzas de la izquierda al nazismo, aunque si hubo casos, pero no fueron la principal fuente de votos. Según las investigaciones de Falter, los trabajadores industriales continuaron siendo el mayor apoyo de las opciones de izquierda, como el SPD y el KPD, aunque una parte contribuyera también al ascenso del partido nacionalsocialista, lo que demuestra de nuevo la diversidad de ese electorado. Los partidos liberales perdieron la mayoría de sus votos en favor del NSDAP, y los partidos conservadores les siguieron de cerca en esa caída. Pero, sobre todo, los votos fueron del bloque burgués protestante, de los jóvenes anteriormente no votantes y por, último, de los socialistas.

---

<sup>60</sup> *Ibíd.*, p. 371.

<sup>61</sup> *Ibíd.*, p. 393.

Hitler, finalmente, llegó a la cancillería en enero de 1933. Se propuso un gobierno de coalición, que incluiría ministros del DNVP y del Zentrum, para contentar al presidente Hindenburg. Estos ministros pensaban que controlarían a Hitler y que lo subordinarían a sus intereses, pero acabó ocurriendo a la inversa.

### **2.3. Dictadura: El Tercer Reich**

La Ley Habilitante de 1933 y la progresiva ilegalización del resto de partidos del parlamento, mientras que otros tantos eran absorbidos dentro del NSDAP, allanó el camino hacia la dictadura. Esta se consolidó con la muerte de Hindenburg en 1934, cuando Hitler asumió también la presidencia y se autoproclamó *Führer*.

Se inició entonces una feroz persecución hacia los opositores tanto dentro como fuera del partido<sup>62</sup>. Los judíos fueron los más perjudicados. Como nos explican Aly y Fritzsche, los alemanes eran conocedores de los horrores a los que se sometió a la población judía (desde los boicots iniciales a sus negocios hasta la “solución final”), pero en su mayoría se mostraron indiferentes ante el destino de sus compatriotas. El nazismo, en este caso, no fue como el fascismo, y sí que llevó a cabo una violencia represiva brutal para controlar a la ciudadanía, al mismo tiempo que la encuadró en diferentes movimientos para así fascistizarlos mejor. Los alemanes eran repartidos en diferentes organizaciones dependiendo de la edad, el sexo, el trabajo..., como la *Kraft durch Freude* (de ocio y tiempo libre) o la *NS-Frauenschaft* (de mujeres). Desde el ámbito educativo también se instruía a los jóvenes en los valores y objetivos de la nueva Alemania.

Además de los ciudadanos de a pie, el gobierno de Hitler quiso atraer, aún más, a la oligarquía para así crear una relación económica mutuamente beneficiosa. En su libro *El orden del día*, Eric Vuillard narra con precisión los pormenores de una reunión de los grandes magnates y empresarios con la cúpula nazi. Es una creación literaria, pero describe con gran fidelidad cómo las élites y el poder tradicional auparon y mantuvieron a los nazis en el poder, al igual que a los fascistas en Italia.

La temprana conversión de muchos alemanes al nazismo se soportaba en un proceso continuo de trabajo ideológico que conllevaba incluso contradicciones internas. Esta conversión se producía de tres maneras diferentes, según Peter Fritzsche. Había tres tipos

---

<sup>62</sup> Cabe destacar ‘La noche de los cuchillos largos’ contra los opositores internos y ‘La noche de los cristales rotos’ contra los judíos.

de converso. Los primeros estaban “movidos por el miedo y el afán de guardar las apariencias”. Los siguientes eran los oportunistas o simplemente indiferentes, que “se convencieron de que el nazismo representaba una ‘nueva dirección’ que ofrecía nuevas oportunidades y a la que los ciudadanos sencillamente tenían que adaptarse”. Por último tenemos el grupo principal según él, los convencidos, que “sentían una auténtica fascinación por la visión social y política del nacionalsocialismo y, en particular, por la promesa de una comunidad del pueblo”<sup>63</sup>.

Si nos trasladamos al ámbito religioso, constatamos que el nazismo empezó como un credo político. Así lo era en sus orígenes y esta idea se había intensificado ya con la llegada de los nazis al gobierno. Sin embargo, este credo político se transformó rápidamente con el inicio de la dictadura y se estableció también como un credo religioso, otra religión política. Al igual que en el caso italiano, se produjo una sacralización de la política tal que el nazismo se transformó en una religión nacional que tenía su propia doctrina y ceremonias que, en cierto modo, aspiraba a sustituir a la cristiana en una intensidad que ni por asomo se planteó el fascismo<sup>64</sup>. Una medida que no resultaba muy popular entre los cristianos, que veían cómo las competencias de la Iglesia disminuían ante el Estado y que ya se había visto reflejada en las urnas al no contar con el apoyo mayoritario de los católicos. Muchos nazis, de hecho, rechazaban el cristianismo, aunque algunos proponían cierto sincretismo entre esa fe y una nueva fe nazi<sup>65</sup>. El propio Hitler detalla en el *Mein Kampf* cómo se pueden aprovechar de las ventajas de las religiones y aplicarlas a su partido político, y a su vez describe también la importancia del culto al líder, del culto a la personalidad: la suya. Hitler era, en palabras de Goebbels, “salvador supremo”, y era considerado por el partido como el mesías del pueblo alemán, al igual que Mussolini lo era del italiano.

Los jóvenes fueron los más fervientes devotos de este credo y los que más activamente participaron de su política; de hecho, la edad media de sus dirigentes en 1933 no superaba los 45 años<sup>66</sup>. El entusiasmo juvenil ante este nuevo régimen recordaba aquel fervor

---

<sup>63</sup> FRITZSCHE, P. (2008), *Vida y muerte en el Tercer Reich*, Crítica, Barcelona, p. 43.

<sup>64</sup> La polémica figura del encargado de relaciones con las religiones, Alfred Rosenberg, es muy característica de esa inclinación original, que luego Hitler atemperó.

<sup>65</sup> No olvidemos los orígenes judíos del cristianismo y el atractivo de algunas corrientes esotéricas ligadas a la centralidad del discurso racial ario.

<sup>66</sup> De entre las cúpulas del partido, Hitler y Ernst Röhm eran de los mayores, con 43 y 45 años, respectivamente, seguidos de Goering, con 40. Salvo casos puntuales, el resto rondaba esa edad o estaba por debajo de ella.

detallado por Frietzsche ante la Gran Guerra, tal y como lo narra en su obra *De Alemanes a Nazis*. Según Aly, la mayoría de jóvenes no creían que la dictadura nazi fuese un régimen que les iba a restringir las libertades y los derechos, sino que la veían como una oportunidad para alcanzar nuevas metas de manera colectiva, guiados por esa pasión y energía característica de la juventud, que según creían era el motor y la esencia que impregnaban ese nuevo movimiento político. Los guiaba la emoción por nuevos retos y las ganas de pasar a la acción. La disposición al sacrificio y el deseo de participación eran los valores a los que los nazis apelaban, y la ciudadanía respondía entusiasmada, sobre todo los más jóvenes.

El apoyo social se basó prácticamente en dos factores: la mejora en la vida de los alemanes y la conversión de Alemania en potencia europea, dando fin a una trayectoria que había arrancado ya con Bismark y sentado plaza a comienzos del siglo. Económicamente, el país había crecido significativamente, y la seguridad para los alemanes -al menos para los que los nazis calificaban como alemanes puros- se había reforzado. El gobierno alemán había llevado a cabo numerosas reformas de leyes que se esperaban desde la época de la República: se reconvirtieron los antiguos terrenos feudales al capitalismo moderno, se cambió la letra gótica por la latina... Pero aparte de estos cambios menores, las reformas que más éxito tuvieron entre la población fueron, según Gotz Aly, las vacaciones pagadas, la duplicación de los días festivos, el desarrollo progresivo del turismo de masas, numerosas ayudas económicas a las familias alemanas y, por último, el impulso a medidas que culminarían una vez derrotado el nazismo, con la RFA<sup>67</sup>. Entre otras reformas, también tuvieron gran importancia el decreto sobre embargos de salario de 1940, que declaraba “inembargable parte del salario por horas extraordinarias, además de (..) la paga de Navidad, el subsidio familiar y las pensiones por invalidez”<sup>68</sup>. Todas estas fueron medidas sociales de fuerte calado entre el pueblo alemán que unidas a otras políticas económicas, tuvieron su reflejo en la caída de la tasa de desempleo. Cuando Hitler llegó al poder el número de parados ascendía a 6 millones. Para 1936 esa cifra era de 2,5 millones y un año más tarde había descendido a 1,6. Los salarios también aumentaron. La cifra total de ingresos salariales era en 1935 de 31.800 millones de marcos imperiales, pero para 1938 se consiguió que esa cifra regresase a los niveles previos a la crisis del 29: 42.600

---

<sup>67</sup> ALY (2005), pp. 18-19. Medidas ideadas como el concepto de pensión vigente serían finalmente implantadas en la RFA.

<sup>68</sup> *Ibíd.*, p. 21.

millones<sup>69</sup>. Junto a este crecimiento económico, el país se fue convirtiendo en potencia, con lo que los alemanes se sentían orgullosos al saber que su prestigio internacional había aumentado notablemente. Fueron eliminando el problema de la inflación y la parálisis económica gracias en buena parte a las sucesivas políticas del acelerado rearmamento del país (con su industria de guerra) y luego, tras iniciarse la guerra, con la explotación colonial del espacio centroeuropeo y la conversión en dependientes de millones de trabajadores en países como Francia, Polonia, Países bajos...

La idea imperial expansionista fue el complemento de ese rearme. Hitler aplicó la política del *Lebensraum*, con lo que designaba el “espacio vital” que los nazis reclamaban para que todos los ciudadanos gozasen del territorio y de los recursos necesarios para llevar a cabo su vida. “Espacio vital” era un concepto indisolublemente unido al de conquista de nuevos territorios. Así lo explicaba el propio Hitler en su *Mein Kampf*: “La adquisición de nuevos territorios para instalar en ellos el exceso de población reúne ventajas infinitamente mayores, en particular si se tiene en cuenta, no el presente, sino el porvenir”<sup>70</sup>. Esta idea, sin embargo, no tiene su origen en el nazismo, ya que se basaba en el mismo pretexto que emplearon las potencias coloniales del siglo XIX: la necesidad de expandir fronteras, ampliar recursos, redistribuir a la población y, en definitiva, buscar nuevas fuentes de riqueza. Crearon un modelo similar en el centro y este de Europa, de manera que la “metrópolis” y sus habitantes se beneficiaron extraordinariamente del sometimiento de millones de personas en régimen casi de esclavitud. De esta manera fueron ampliando sus fronteras, ante la pasividad del resto de potencias<sup>71</sup>. Se observa por lo tanto, cómo el alemán medio se encontraba en unas condiciones óptimas, ya que había pasado de estar hacía diez años en plena crisis económica, con sus consecuentes miseria, pobreza y malestar, a vivir extraordinariamente en cuanto a seguridad económica. Esto se tradujo en el respaldo de la ciudadanía alemana, mayor todavía cuando al principio de la guerra se beneficiaron de una sucesión de éxitos extraordinarios en el terreno militar (como había ocurrido antes de ella en el diplomático con la “política de apaciguamiento”)

Con la declaración de guerra de los países europeos a Alemania tras la invasión de Polonia en 1939, la Segunda Guerra Mundial dio comienzo. Esta no pudo tener un inicio mejor

---

<sup>69</sup> *Ibíd.*, p. 51.

<sup>70</sup> HITLER (1925), p. 67.

<sup>71</sup> Empezando por la cuenca del Sarre en 1935, seguido por Austria y los Sudetes en 1938, y, por último, antes de la guerra, Checoslovaquia en 1939.

para Hitler ya que en apenas tres años lograron hacerse con el control de la mayor parte de Europa. La oposición en esta etapa fue casi anecdótica debido a que los alemanes fueron partícipes de un nacionalismo exacerbado, más todavía que en el caso italiano, pero que se acrecentó a partir de 1943, a medida que los nazis pasaron de ganar la guerra a verse rodeados en la propia capital en 1945. Aquí no fue posible una lucha al estilo de los partisanos en Italia porque la oposición política no había logrado mantener sus estructuras debido a la fuerte purga que llevó a cabo el régimen.

### 3. La revitalización actual de la ultraderecha: ¿una nueva oportunidad para los fascismos?

La aparición en los últimos años de nuevos grupos ultranacionalistas a nivel europeo ha hecho que muchos medios de comunicación vinculen estos nuevos movimientos con los que se dieron en el periodo de entreguerras. Estos partidos de ultraderecha no son propiamente antiliberales (como sí lo eran declaradamente los fascismos), pero sí de carácter iliberal: sin rechazar los principios fundamentales del liberalismo, no hacen de esos valores el elemento central de la organización estatal y, en casos como Hungría o Polonia, han procedido a limitarlos notablemente (vg. la división de poderes, la independencia del poder judicial, la libertad de expresión...). Esta nueva ultraderecha o *alt right* (derecha alternativa) se postula en contra del *statu quo*, que a día de hoy es el progresismo, al igual que la antigua ultraderecha lo hacía contra el liberalismo. Los movimientos característicos de esta derecha en Alemania e Italia son *Alternative für Deutschland* (AfD) y la *Lega*, respectivamente.

Esta derecha iliberal se analiza en la obra colectiva *Patriotas Indignados*, de la cual el historiador Antonio Rivera extrae dos conclusiones: por una parte, que “los aires que han colocado a la extrema derecha cerca del treinta por ciento de la representación parlamentaria en Bruselas viajan de Este a Oeste, no al revés”, y, por otro, que esta *alt right* “no es una versión actualizada de los fascismos del momento de entreguerras del siglo XX”<sup>72</sup>.

---

<sup>72</sup> RIVERA, A. (2020), Reseña del libro *Patriotas indignados. Sobre la nueva ultraderecha en la Posguerra Fría. Neofascismo, posfascismo y nazbols*, de VEIGA, F.; GONZÁLEZ-VILLA, C.; FORTI, S.; SASSO, A.; PROKOPLJEVIC, J.; y MOLÉS, R., Alianza Editorial, Madrid, 2019, *Historia Contemporánea*, 63, p. 715.

A pesar de esta última afirmación, el término fascista es el empleado por muchos medios de comunicación para definir estos movimientos, a pesar de que hoy en día pocos conocen lo que hay detrás de esta palabra. La Nueva Derecha trata de negar cualquier continuidad con el fascismo y de poner fin a la dicotomía entre izquierda y derecha, pero es obvio que, “en sus orígenes, ciertos elementos y autores fascistas tuvieron gran importancia en la formación de su cosmovisión ideológica”<sup>73</sup>. También es cierto que líderes como Salvini de la *Lega*, Giorgia Meloni de *Fratelli d’Italia* y Alice Weidel y Alexander Gauland de AfD buscan que sus movimientos no sean identificados como reaccionarios, sino como revolucionarios, al igual que Gentile, Griffin y otros señalan que lo fueron los fascismos<sup>74</sup>. Pero, a pesar de que partidos como AfD piden a sus seguidores que se desvinculen de movimientos de carácter neonazi, como el NPD, en Italia nos encontramos con que los grupos de extrema derecha siguen teniendo claras referencias al fascismo y no terminan de condenarlo. *Fratelli d’Italia*, de hecho, tiene su origen ideológico en el *Movimento Sociale Italiano*<sup>75</sup>.

Oficialmente estos partidos tienen como precursores ideológicos a los revolucionarios conservadores sorelianos y no-conformistas del periodo de entreguerras<sup>76</sup>. Para muchos autores liberales y otros tantos marxistas, estos fueron prefascistas o propiamente fascistas, lo que no deja de ser una cierta exageración. En todo caso, de aceptarse sus afirmaciones, ¿convertiría ello a la nueva derecha en un renovado fascismo?

“La enorme inseguridad que sienten hoy en día millones de europeos en el ámbito económico, tras haber perdido sus puestos de trabajo y de cara a su futuro o el de sus hijos; el descrédito del sistema de partidos ‘tradicionales’ (...); el recelo ante el ‘otro’, sea el inmigrante ilegal, el inmigrante pobre o el descendiente de inmigrantes ya ciudadanos de pleno derecho; o la sensación de pérdida de valores ante un mundo nuevo, tiene indudables parecidos con la pobreza e inseguridad que se generalizaron con la crisis de los años 30; con la incapacidad de los sistemas liberal democráticos de entonces para adoptar medidas efectivas ante las

---

<sup>73</sup> SEBASTIÁN LORENTE (2016), p. 2.

<sup>74</sup> Existe un debate respecto a si los fascismos fueron o no revolucionarios, pero no lo trataremos aquí.

<sup>75</sup> Este fue un partido neofascista formado en 1946 por los seguidores de Mussolini y dirigido durante años por Giorgio Almirante, con representación en los parlamentos republicanos.

<sup>76</sup> En ese conglomerado entrarían el discurso de Georges Sorel, teórico del sindicalismo revolucionario que ya había sido utilizado por los fascismos de los años veinte y treinta, y las teorías personalistas de Emmanuel Mounier y las distributistas católicas de G.K. Chesterton e Hilaire Belloc, siempre afanosas buscando una “tercera vía” entre capitalismo y socialismo.

consecuencias sociales de tal crisis; y con los temores a la expansión del comunismo y de proyectos revolucionarios izquierdistas, todo en medio de una sensación de ‘final de época’ en relación con el propio sistema liberal. Existen similitudes, sí, pero las diferencias entre las dos épocas y los problemas que se dieron y vivieron entonces con los actuales son aplastantes”<sup>77</sup>.

A día de hoy, la democracia no se encuentra en la situación de peligro del periodo de entreguerras, cuando era un sistema incipiente. Está mucho más asentada, y logros de la democracia, como lo son el Estado de bienestar, con sus consecuentes derechos socioeconómicos (como la protección sanitaria o las pensiones), tampoco existían en aquel momento. Además, para Payne, las especulaciones sobre el regreso del fascismo son irrelevantes, ya que los actuales regímenes e ideologías ultraderechistas carecen de los pilares que para el historiador definían el fascismo: el culto y desarrollo de la violencia y la cultura del vitalismo filosófico<sup>78</sup>. Griffin es de la misma opinión: "El fascismo ha muerto como movimiento con un jefe carismático. Hay grupúsculos de la nueva extrema derecha en Europa, en América, en Rusia, en internet, pero no hay un movimiento real, activista, capaz de movilizar las masas". Según este historiador, el fascismo capaz de crear un movimiento de masas aparejado a la ilusión de un nuevo orden mundial murió en 1945 y "hay que estudiarlo como parte del pasado e intentar evitar que determine demasiado la mirada sobre el presente"<sup>79</sup>.

¿Es posible que se puedan repetir tales hechos? Nada es seguro en la Historia, por lo que no conviene precipitarse haciendo predicciones. A pesar de que los regímenes fascistas se dieron en unas condiciones y en unos contextos muy concretos, cuya reproducción resultaría muy difícil, no podemos descartar que bajo otras condiciones (o incluso bajo condiciones similares) la ciudadanía se pueda volver a dejar seducir por esta ideología y opte por estar bajo el mandato autoritario de un nuevo líder carismático. Ya lo advirtió Kant: “El ser humano es el único animal que necesita un amo para poder vivir”.

---

<sup>77</sup> “El auge de la nueva extrema derecha y el problema histórico del fascismo” <https://www.politika.io/en/notice/el-auge-nueva-extrema-derecha-y-el-problema-historico-del-fascismo>

<sup>78</sup> PAYNE, S. (2012)

<sup>79</sup> “El fascismo quería ‘el alma del hombre’” <https://www.publico.es/culturas/fascismo-queria-alma-del-hombre.html>

## BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

### **Libros y artículos**

ALCALDE, A. (2016), “La tesis de la brutalización (George L. Mosse) y sus críticos: un debate historiográfico”, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 15, pp. 17-42.

ALY, G. (2005), *La utopía nazi: Cómo Hitler compró a los alemanes*, Crítica, Madrid.

CHILDERS, T. (1983), *The Nazi Voter. The Social Foundations of Fascism in Germany, 1919-1933*. University of North Carolina Press, Chapel Hill, Carolina del Norte.

CHILDERS, T. (1984), “Who, indeed, did vote for Hitler?”, *Central European History*; 17, 1 (Periodicals Archive Online).

DOGLIANI, P. (2008), *El fascismo de los italianos*, Universitat de València, Valencia.

FALTER, J. W. (1992), “The Social Bases of Political Cleavages in the Weimar Republic, 1919-1933” en Larry Eugene Jones, James Retallack (ed.), *Elections, Mass Politics and Social Change in Modern Germany*, pp. 371-397.

FRITZSCHE, P. (2008), *Vida y muerte en el Tercer Reich*, Crítica, Barcelona.

FRITZSCHE, P. (1998), *De alemanes a nazis, 1914-1933*, Siglo XXI, Buenos Aires.

GENTILE, E. (1990), “Fascism as political religion”, *Journal of Contemporary History*, (Periodicals Archive Online).

GENTILE, E. (2001), *La vía italiana al totalitarismo. Partido y estado en el régimen fascista*, Siglo XXI, Buenos Aires.

GENTILE, E. (2002), *Fascismo. Historia e interpretación*, Alianza, Madrid.

GENTILE, E. (2007), *El culto del littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*, Siglo XXI, Buenos Aires.

GENTILE, E. (2012), *El fascismo y la marcha sobre Roma*, Edhasa, Barcelona.

GONZALEZ CALLEJA, E. (2001), “Los apoyos sociales de los movimientos y regímenes fascistas en la Europa de entreguerras: 75 años de debate científico”, *Hispania*, 207.

HERNÁNDEZ SANDOICA, E. (1992), *Los fascismos europeos*, Istmo, Madrid.

HITLER, A. (1925), *Mi lucha*, Editores S. A., Barcelona.

PAYNE, S. (2012), “El fascismo paradigmático”, *Revista de Libros*, 181.

RIVERA, A. (2020), Reseña del libro *Patriotas indignados. Sobre la nueva ultraderecha en la Posguerra Fría. Neofascismo, posfascismo y nazbols*, de VEIGA, F.; GONZÁLEZ-

VILLA, C.; FORTI, S.; SASSO, A.; PROKOPLJEVIC, J.; y MOLÉS, R., Alianza Editorial, Madrid, 2019, *Historia Contemporánea*, 63, pp. 715-717.

SCURATI, A. (2018), *M. El hijo del siglo*, Alfaguara, Barcelona.

SEBASTIÁN LORENTE, J. (2016), “Arqueología del fascismo”, Extraído de *Tribuna de Europa*.

TASCA, A. (1967), *El nacimiento del fascismo*, Ariel, Barcelona.

VOLPE, G. (1935), “Génesis del fascismo”, en L. Lojacono (ed.), *Le corporazioni fasciste*, Milan. pp. 23-44. Extraído y traducido de: DE FELICE, R. (1998), *Il Fascismo. Le interpretazioni dei contemporanei e degli storici*, Roma-Bari, Laterza, pp.330-354.

VUILLARD, E. (2017), *El orden del día*, Tusquets editores, Barcelona.

### **Enlaces web**

<https://seminariofascismo.wordpress.com/2014/11/27/entrevista-con-roger-griffin-historiador-del-fascismo-europeo-y-la-crisis-de-la-modernidad/>

[https://www.infolibre.es/noticias/cultura/2019/12/22/fascismo\\_roger\\_griffin\\_102197\\_1026.html](https://www.infolibre.es/noticias/cultura/2019/12/22/fascismo_roger_griffin_102197_1026.html)

“El auge de la nueva extrema derecha y el problema histórico del fascismo” <https://www.politika.io/en/notice/el-auge-nueva-extrema-derecha-y-el-problema-historico-del-fascismo>

“El fascismo quería ‘el alma del hombre’” <https://www.publico.es/culturas/fascismo-queria-alma-del-hombre.html>